



Habriais sentido latir de espanto el corazón al ver cómo recorría el cadáver, cómo se inclinaba sobre él, cómo escuchaba con ansiedad para desengañarse quien había ganado la terrible apuesta, si el médico ó la muerte,

TADEUS EL RESUCITADO

I.

Antes de partir para Durango—medijo el Doctor—pasé á despedirme de mi antiguo amigo N.*** el cual tenía dos hijas. Una de ellas era aún pequeña, tierna y linda, como los primeros botones de rosa que se abren en la primavera. Después de las expresiones de amistad, y ofrecimientos y protestas que son consiguientes en tales casos, me retiré de la casa para montar en el carruaje que me aguardaba. Había bajado tres escalones, cuando me acordé que no me había despedido de las dos niñas, que como unas magas, frescas, juguetonas y alegres, llenaban de ventura la vida de mi amigo. Retrocedí en efecto, y sólo encontré á la más pequeña, besé su frente rubo-

rosa é inocente, y estreché sus manecitas torneadas. Tres días llevaba de camino y aun se me presentaba en mis sueños esa niña, tan linda, tan risueña y tan inocente.— Cuando llegué á Durango apenas tenía ya un vago recuerdo; á los tres meses se me había borrado enteramente.

Cuatro años después volvía á mi país, y en una hacienda del camino se me presentó mi amigo N*** y me dijo echándome los brazos al cuello: Doctor, sin duda el cielo envía á vd. para que salve á una de mis hijas.

—¿Qué tiene? le interrumpí con agitación.

—No lo sé, Doctor: no come, no duerme; cada día se pone más extenuada y más pálida.

—Vaya, veo que no es cosa de cuidado, le interrumpí sonriendo: esa enfermedad es amor; curaremos á esa niña casándola, si el novio es bueno.

—Ni lo imagine vd.: ni ama, ni jamás ha amado á nadie. Es una enfermedad física y terrible la que padece.

—Bien, la veremos, y entonces le diré á vd. mi opinión. ¿Y cuál de las niñas es?

—Cecilia, Doctor: pero vd. ve con indiferencia el asunto.

—¿La más joven? le interrumpí.

—Sí señor: Cecilia, la más joven.

Un calofrío extraño recorrió todo mi cuerpo. La niña pequeña, cuya casta fren-

te había yo besado hacia cuatro años, era la misma que sufría.—La cosa era muy interesante ya para mí; así es que continué diciendo á N.*** Se equivoca vd. en creer que yo tengo poco interés en la curación de la niña; al contrario, es menester que la vea breve, que la asista, que ponga mis cinco sentidos en volverle la salud.

—Gracias, Doctor, gracias: vd. volverá también la vida á su padre. No sé por qué causa tanto dolor el que las gentes mueran en el Abril de su vida, sin haber gozado de nada, sin... ya se ve, es mi hija, y yo de todas maneras debo sentir que se muera.

—Tiene vd. razón, amigo; pero no hay que desconsolarse.

—Cecilia está muy mala, Doctor, me contestó con la voz demudada.

—Haremos todos los esfuerzos posibles por salvarla. N*** me estrechó la mano.

II.

Como Cecilia vivía en una hacienda con una parienta, fué menester conducirla hasta el lugar de mi residencia, y en efecto, á los dos días me avisaron que la enferma me aguardaba. Con toda precipitación me vestí, y á los cinco minutos estaba ya junto de Cecilia. Eran las facciones delicadas de la niña que yo había conocido; pero alteradas por el sufrimiento; sus ojos negros y

rasgados no brillaban con la alegría de la niñez; sus mejillas estaban encarnadas; pero no era el color de la juventud, sino el efecto de la calentura y agitación del camino. Por lo demás, Cecilia extenuada, con las mejillas hundidas, con los labios sin color, y con un tinte de melancolía indefinible, era á mis ojos más interesante que lo había sido en otro tiempo, en que no podía tener para ella más que una afección pasajera.

—Cecilia, le dije con una voz dulce: ¿Se acuerda vd. cuando me despedí de vd. antes de irme á Durango?

—Sí señor, me contestó con una voz lánguida.

—Entonces estaba vd. tan contenta, tan llena de vida y de salud, y ahora... déme vd. el pulso. Cecilia me abandonó su mano.

—Me acuerdo, continué, que me volví de la mitad de la escalera sólo por abrazar á vd.

Cecilia fijó en mí sus negros ojos, y se puso más encendida: yo saqué mi reloj para contar las pulsaciones, y evitar el que los circunstantes conocieran la turbación que me causó su mirada. Dos minutos pasaron y no pude contarlas: por fin advertí con desconsuelo que la calentura estaba muy alta; pero con voz muy tranquila le dije:—Vaya, Cecilia, es menester valor: hay una poca de calentura, pero es efecto del ca-

mino y del sol. ¿Tiene vd. apetencia de comer?

—Ninguna.

—¿Y sed?

—Mucha.

—¿Y siente vd. dolor de cabeza?

—Por las tardes.

—¿Qué más le duele á vd.?

—El pecho.

Al oír esta palabra me puse pálido; fingí tos, y me cubrí la mitad de la cara con mi mascarada. Cecilia tosió también, se puso pálida, y exclamó:—¡Jesús mío! qué ardor tan terrible.

—¿Ardor, Cecilia, y dónde?

—En el pecho, Sr. Doctor; parece que tengo una llama. Agua, por Dios; una gota de agua.

—Sí, agua es menester: pero le mezclaremos una poca de goma, le dije. No tenga vd. cuidado: todo eso es á causa del camino y de la agitación.

—¿Y el corazón duele?

—Sí señor; y me late con tal violencia que me ahoga. Doctor, agua. Cecilia entrecerró los ojos, y su respiración era trabajosa.—Me acerqué y oí los latidos de su corazón, como los sonidos de la péndola de un reloj de sala.

Pedí papel y tinta, y escribí una receta. Al retirarme, Cecilia me preguntó con una triste sonrisa:—¿Doctor, cree vd. que sanaré?

—Le aseguro á vd. que sí, Cecilia; pero es menester que se divague, y no piense en que se ha de morir, porque todo lo que yo trabaje lo echará vd. por tierra. Hasta mañana, Cecilia. Procure vd. dormir, y con esto encontraré á vd. mejor. Le tomé una mano, y sudaba frío.

Cabizbajo me retiré, contemplando que tenía que luchar á brazo partido con la muerte, para arrancar de sus manos á esta flor casi marchita. Era un desafío formal, era un lance en que mi reputación, mi orgullo, y un afecto indefinible y oculto, me obligaban á poner todo mi estudio, todo mi cuidado en volver la salud á Cecilia: sin embargo, la enfermedad conocerá vd. que es peligrosa, y además había hecho ya muchos progresos.

Esa noche revolví mis libros, me senté delante de una mesa, y cuando la luz de la aurora se dejó ver, yo todavía estudiaba. Me arrojé medio vestido en la cama, y á las diez que desperté, corrí en casa de Cecilia.—Con indecible satisfacción vi que la calentura había disminuído; que el latido del corazón era menos violento, y que sus lindos ojos estaban más animados.

—He pasado una excelente noche, Doctor, me dijo alargando la mano para que le tomara el pulso. Hacía ocho días que me acostaba yo á revolverme en la cama, á contar minuto por minuto los golpes de mi corazón, á esperar con ansia las horas

de la luz, para ver entrar un rayo del sol por la rendija de la ventana, porque las noches, Doctor, son una eternidad entera para los pobres enfermos que sufren. ¡Cuánto he padecido, Doctor! pero las medicinas de vd. me han aliviado, y he concebido la esperanza de vivir algunos días más.

—Y también vivirá vd. años, Cecilia. Es menester fe en el médico, porque es el instrumento de que Dios se vale para mitigar los dolores de los enfermos, y además vd. es joven, y el vigor de la edad triunfará del mal. Me dicen que no ha querido vd. tomar con continuación, la bebida que le ordené. Los médicos son, por lo general, déspotas con los pacientes; pero yo quiero ser el amigo de vd., y como tal le ruego que se resigne á sufrir unos días, para gozar en seguida de la salud. Con que, ¿me promete vd. no separarse de mis órdenes?..... Se lo suplico á vd., por lo que más ama en el mundo.

Cecilia suspiró, y yo me despedí de ella asegurándole que su mal era pasajero y de ningún riesgo. El médico debe con dulzura y cariño atender á medicinar el espíritu con la esperanza, y el cuerpo con las drogas de la botica. ¿Le parece á vd. bien?

—Excelente, Doctor. ¿Pero Cecilia se alivió?

—Cuatro días tuve de placer, porque el mal terrible del pecho que destruía á es-

ta criatura tan hermosa y tan resignada, desaparecía rápidamente. Si viera vd. cuán orgulloso y satisfecho salía yo después de haber observado que mi enferma estaba alegre, que saboreaba con gusto su pequeña porción de sopa de leche, y que dormía tres ó cuatro horas de cada noche? Cecilia me daba las gracias por todo esto, y yo en ese momento no me cambiaba por el monarca más poderoso del mundo. Estas son las compensaciones que tiene nuestra profesión; al menos dígolo por mí, que no he podido acostumbrarme á ver con el semblante sereno los sufrimientos y agonías de la humanidad: así que, cuando un enfermo vuelve á la vida, cuando el médico ha corrido hasta el borde de la tumba para arrebatár á la muerte su presa, con el poder de la ciencia, entonces es el momento más delicioso que pueda tenerse en este mundo.

—Pero vamos, Doctor, ¿en qué quedó Cecilia? ¿Se murió, ó siguió adelante el alivio?

—El quinto día, continuó el Doctor, amaneció el cielo cubierto de nubes: un viento frío del Norte comenzó á soplar, y una ligera llovizna caía por intervalos. Abrí la ventana de mi cuarto, y dije para mis adentros: Estas malditas nubes y este aire frío, van á destruir todo mi trabajo. Cecilia no debe pasarla por hoy muy bien. Tomé un libro y me puse á estudiar: pasé

ocho hojas sin comprender nada, porque no pensaba yo más que en el sol, no se asombre vd., pensaba que si el sol no salía, Cecilia debería tener un ataque fuerte. ¿Vd. sabe lo funesto que son estos días fríos y nebulosos para los que padecen del pecho? En estas reflexiones estaba sumergido, cuando tocaron fuertemente la puerta. Abríla, y una criada me dijo asustada: Señor, la niña se muere. Cinco minutos permanecí sin movimiento como una estatua de mármol: después mis nervios se crisparon, y como por medio de un resorte, en dos brincos me puse en casa de Cecilia.

III

La fuerza del mal la había hecho meterse en la cama. Su rostro estaba trasparente, los labios sin color, los ojos negros y rasgados que brillaban como dos luceros, estaban opacos con el viento de la muerte, y sombreados por una línea morada que casi formaba un círculo con la ceja. Le toqué la frente, y ardía como un volcán. Le toqué los pies y las manos, y eran de nieve. Observé su respiración, y era trabajosa y agitada, como que la llama de la vida apenas animaba ya el cuerpo tierno y virgen de Cecilia, y pocas horas le quedaban de existencia. Antes de que yo pudiera arti-

cular palabra, Cecilia clavó en mí sus ojos, y me dijo:

—Doctor, no debe vd. apurarse ya, porque mi mal no tiene remedio: siento que muy pronto va á volar mi alma quizá al cielo, porque me he confesado antes de que vd. viniera, y pronto vendrá el Santísimo. Estas eran las únicas medicinas que me convenían.

Hubo un instante de silencio; luego prosiguió con una voz pausada y melancólica:

—Doctor, ¿y qué será posible que me muera? ¡Oh qué terrible es morir tan joven y cuando contaba yo con tener muchos años de vida! Mándeme vd. algún remedio, es muy terrible la muerte. Doctor, ¿qué no hay esperanza?

Una lágrima brillante y solitaria, rodó por la mejilla pálida y hundida de Cecilia.

Yo estaba á punto de prorrumpir sollozando; pero recobré mi serenidad, acordándome que de ella dependía la vida de Cecilia, que en lo más florido de sus días, en lo más risueño de sus esperanzas iba á ser sumergida en la tumba. En un momento puse á toda la casa en movimiento, y apliqué á la enferma medicinas tras de medicinas. Eran las cuatro de la mañana y el mal no cedía; á las cinco me retiré á mi casa, y despechado me arrojé en mi lecho sin concebir la menor esperanza. A las diez volví, y la enferma hacía cinco minutos que se había dormido. Este es buen sín-

toma, dije para mí, y volvió á brillar en mi alma un rayo de esperanza. A las once de la noche todavía dormía Cecilia; esto me causó alguna inquietud, pero me acerqué de puntillas y me convencí que su respiración era tranquila y natural. Con su rostro apacible y descolorido, sus párpados cerrados y su boca entreabierta, que dejaba ver una hilera de dientes blancos y pequeños, parecía de esas santas vírgenes y mártires que duermen apaciblemente en las urnas de plata y cristales de las iglesias de Roma. ¡Cuánto sufrí al considerar que tal vez el sueño de Cecilia podía ser eterno!

A las cinco de la mañana despertó, tosió suavemente, se incorporó en el lecho y pidió agua. Le ministré una bebida mucilaginoso, y habiéndola recomendado al cuidado de su familia, me dirigí á mi casa, y allí tendido en mi lecho desahugué por medio de las lágrimas el peso terrible que por veinticuatro horas había oprimido mi corazón. A la mañana siguiente me miré al espejo, tenía canas, y creo que una arruga más en la frente.

Mi enferma mejoraba visiblemente. Los colores de la salud brotaban poco á poco en sus mejillas, el apetito era excelente, y sus hermosas formas iban de nuevo tomando su primitiva morbidez y tersura. La lucha estaba decidida finalmente, y la muerte había huido ante la magia de la ciencia.

IV.

Un mes después le dije á Cecilia:

—Es menester dar ahora unos paseos cortos por el campo: el oxígeno de las plantas y la fatiga del ejercicio deben completar la obra que se comenzó con las bebidas y sangrías.

Cecilia por toda respuesta me tomó el brazo. Desgraciadamente ve vd. que no hay por este rumbo de esos sitios amenos, llenos de flores y de aromas que se encuentran por las cercanías de México: así es que nos dirigimos al llano, que ofrecía sin embargo á nuestras plantas un tapiz verde y aterciopelado.—Inútil será decir á vd. que yo estaba loco de placer y de orgullo sintiendo el ligero peso del brazo de Cecilia. Quise por primera vez insinuarle, que el que había sido su médico sería su esposo; que el que la había puesto de nuevo en el camino de la vida, sería también en lo de adelante su guía y su compañero; pero tenía un nudo en la garganta y no encontraba palabras con que comenzar mi declaración. Como llevábamos cerca de media hora de paseo sin que yo hubiese articulado una sílaba, Cecilia fué la que habló.

—Doctor, ¡si viera vd. con qué emoción se ve el campo, y las calles, y las casas y las gentes cuando se había perdido toda esperanza de vivir!

—Lo creo, Cecilia; pero ¿juzga vd. también que el médico que contaba con asistir á los últimos instantes de un enfermo, no se llene de orgullo al ver que ya ha recobrado su primitiva salud y lozanía?... Y además, acaso me guiaba en la curación de vd. un interés más tierno, v. g., el de un amigo, el de un hermano, el de... Cecilia, ¿podría acaso con la constancia y con los sacrificios dar á vd. un nombre más significativo, más?...

—Mi salvador, por ejemplo... ¿no es eso lo que vd. desea, Doctor? Pues bien, desde hoy en adelante confesaré que después de Dios, soy á vd. deudora de una vida que, sin embargo, no es del todo feliz.

—Vd. no me ha querido comprender; pero vamos, ¿por qué no es vd. feliz?

—Doctor, hay males que no se curan con sangrías y bebidas; y el mío, aunque no es grave, requiere otro género de medicina.

—Cecilia, Cecilia, exclamé, queriéndome arrojar á sus pies, vd. puede ser feliz y...

No acabé la alocución porque un pensamiento siniestro y lúgubre, como esas nubes negras que aparecen en el horizonte del mar, cruzó por mi mente. ¿Cecilia amará á otro? ¿Habré arrancado á esta niña del sepulcro para ponerla en brazos de un rival? Esta idea me volvía loco. Después de un rato de silencio, dije á Cecilia con una voz bronca y áspera:

—Es menester volvernos á la casa de vd. porque tengo muchas ocupaciones.

—Como vd. guste, Doctor. Siento sólo haber molestado á vd., y le agradezco que me acompañe á mis paseos; tanto más que las obligaciones de vd. como médico han debido cesar ya.

—Es decir que vd. rehusará en lo de adelante salir conmigo.

—No he dicho tal cosa, Doctor; antes bien le reconoceré á vd. cada día más sus atenciones y cuidados; pero vd. se molesta....

—Niña, vd. me ha de hacer perder el juicio.

Ocho días seguidos salí con Cecilia; pero le hablé del campo, del aire, de las flores, de la medicina, de todo menos de mi amor, porque temía un desengaño, hasta que por fin me decidí á escribirle una carta, que relataré á vd., pues la conservo en la memoria.

“Cecilia: el que fué médico de vd. y la libró de la muerte, ha tenido la locura de pensar que podría tal vez llegar á ser su esposo. ¿Consentiría vd., Cecilia mía? ¿Aceptaría vd. mi pequeña fortuna y mi grande amor? ¿Aceptará vd. á un hombre lleno de defectos físicos, pero cuya alma entera la consagrará á la felicidad de vd.?—Ruego á vd. que conteste á quien es su obediente servidor que b. ss. pp.”

Al día siguiente recibí la respuesta: “Doctor: si en pago de los sacrificios y cuidado que tuvo vd. en mi enfermedad, re-

clama vd. mi mano, desde luego puede vd. disponer de ella; pero si vd. quiere mi amor y mi ternura, le ruego que me conceda un plazo para resolverme.—Si acaso amara yo á otro, si conservara una esperanza alimentada desde mi niñez, si pronunciara un sí falso en el altar, ¿le parecería á vd., Doctor, que pagaba dignamente sus servicios? A mi vez le ruego que no se enfade, y mande á su atenta servidora “que le desea felicidades.”

Cuatro días tuve de frenesí y delirio; pensé suicidarme, pensé abandonar mi país y echarme por el mundo como el judío errante, pensé llenar de baldones é injurias á Cecilia, pensé al fin lo mejor, que fué encaminarme á su casa y decirle que podía disponer de su corazón y de su mano.

Era de noche: el balcón despedía mucha luz y esto me sobresaltó. Abrí la puerta, subí la escalera y oí que rezaban un surrio. El corazón me latió fuertemente y la sangre se me heló. Empujé la puerta y vi cuatro velas de cera y en el centro tendido un cadáver....

—Acabe vd., Doctor, le interrumpí, ¿quién era el cadáver?

—Cecilia, amigo mío.

El Doctor sacó su pañuelo y se limpió los ojos.

12

clama vd mi mano desde luego puede vd
disponer de ella; pero si vd quiere mi
amor y mi ternura, le ruego que me conser-
ve un plazo para resolverme.— Si acaso
amara yo á otro, si conservara una espe-
ranza alimentada desde mi niñez, si pro-
fundizara un si tal en el altar, le parece-
ría á vd, Doctor, que pasaba dignamente
sus servicios. A mi vez le ruego que no
se entibé, y mande á sus siervos
que le desca fidelidad.

Y tanto días tuve de ternura y delirio; pen-
sé suicidarme, pensé abandonar mi país y
escribir por el mundo como el indio etian-
te, pensé llenar de balcones é miradas á
Cecilia, pensé al fin lo mejor, que fue casar-
me, pensé á su casa y decirle que podía dis-
poner de su corazón y de su mano.

Era de noche: el balcón despedía mucha
luz y esto me sobresaltó. Abí la puerta,
subí la escalera y oí que rezaban un su-
nio. El corazón me latió fuertemente y la
sangre se me heló. Empuñé la puerta y vi
cuatro velas de cera y en el centro tendido
un cadáver.

—Acabe vd, Doctor, le interrumpí;
quién era el cadáver?

—Cecilia, amigo mio.

El Doctor sacó su pañuelo y se limpió los
ojos.

EL MINERAL DE PLATEROS.

TRADICION.